

MEDIOS PARA DISCERNIR
LOS ESPIRITUS.

*Tratado de la discreción de espíritus.
Del espíritu de discreción y sus divisiones. (1)*

CAPITULO UNICO.

Por espíritu entendemos un impulso é inclinación del ánimo hacia alguna cosa que en orden al entendimiento sea verdadera ó falsa, y en orden á la voluntad sea buena ó mala. Tres son los espíritus que pueden movernos en nuestras acciones: el espíritu divino, el diabólico y el humano.

Para que nos mueva el espíritu divino nos es indispensable el auxilio actual de la divina gracia, que es ese mismo impulso infundido por Dios en nuestras almas para obrar el bien. En cuanto al diabólico, el demonio nos inclina al mal por medio de perversos pensamientos; presentándonos objetos falsos ó imaginaciones de cosas ilícitas; y conmoviendo el apetito sensitivo, despierta afectos perversos y enciende pasiones pecaminosas. En cuanto al espíritu humano, como nuestra naturaleza está inclinada al mal, con frecuencia se agita con movimientos desarreglados, que quieren arrastrarnos por el camino del mal.

(1) Diversidad de sus caracteres.

Para discernir cuál es el espíritu que mueve al hombre en sus acciones, téngase presente esta regla de S. Bernardo: El espíritu de Dios inclina á la virtud; el espíritu del mundo y de la carne, á la vanidad y al deleite; el espíritu de malicia ó del demonio, habla con amargura, esto es, excita á la ira, á la soberbia (1).

Las inclinaciones naturales son espontáneas y se originan de causas naturales y proporcionadas á sus efectos; v. g. si los malos pensamientos vienen sin motivo ninguno, tendrán por origen al demonio. Si la tentación comienza por la rebelión del sentido y después llegan los malos pensamientos, vendrán de la naturaleza inclinada al mal. Si invocando á Dios se quita la tentación, vendrá del demonio; si persiste vendrá de la naturaleza que sigue su curso; y cuyos malos efectos podrán evitarse recurriendo á Dios Ntro. Señor.

La discreción de espíritus puede considerarse como gracia *gratis data* que Dios concede y por la cual se nos da el claro conocimiento de los secretos de los corazones; ó bien como un juicio prudente que adquirimos por el estudio ó la observación para distinguir el buen espíritu del malo.

La discreción de los espíritus tiene que fundarse en la Sta. Escritura, la Tradición y la enseñanza de la Iglesia; y de esta discreción es de la que tratamos al presente, y que no es don si-

(1) D. Sep. spirit.

no virtud adquirida por nuestros esfuerzos mediante la gracia del Señor y encaminada al bien de las almas.

Sin tal discreción el Confesor no podrá dirigir rectamente las almas de sus penitentes; pues por su ignorancia ó á causa de su ligereza reprobará lo que debe aprobar, ó aprobará lo que es digno de reprobación. Lo que decimos manifiesta que los Sacerdotes estamos obligados á adquirir el discernimiento de los espíritus; pues así nos lo exigen el buen desempeño de nuestro ministerio y la salvación de las almas.

Los medios principales para adquirir la discreción de espíritus, son los siguientes: 1º Pedir á Dios la luz que se necesita para conocerlos sin error ni engaño; mas debe pedirse con una fe muy grande, con humildad y confianza. Estas peticiones deben ser más fervientes cuando así lo exijan los casos difíciles que se presentan. 2º El estudio de la Sta. Escritura, de los Stos. Padres y de las decisiones de la Iglesia. La dedicación á estos estudios emprendida por la gloria de Dios le inclinará á dispensar gracias especiales á los Confesores; pues pertenece á la Divina Providencia descubrir la verdad á los que la buscan con empeño y para gloria de Dios. 3º Aprovechar su propia experiencia en la dirección de las almas. 4º Proceder con humildad, porque Dios ilumina á los humildes; y el que desconfía de sus propias luces no tendrá dificultad en consultar á hombres doctos para no equivocarse. 5º El Director no debe afi-

cionarse á sus penitentes para poder juzgarlos con imparcialidad y rectitud; pues el afecto obscurece la inteligencia inclinando al Director más de lo conveniente en favor del dirigiendo. 6º Debe instruirse en la Teología Escolástica; pero evite una sutileza excesiva, pues la demasiada sutileza confunde y enreda muchas veces al Director y al penitente; á quien por otra parte no debe dirigirse por máximas humanas, sino por la prudencia del espíritu; evitando en los casos extraordinarios la credulidad demasiada y la incredulidad que todo lo rechaza. 7º Debe examinar y ponderar todo lo que se le comunica, con prudencia, antes de decir; no olvidando que las buenas ó malas obras son reglas seguras que nos descubren lo que hay en el corazón de los penitentes.

En cuanto á los caracteres de los espíritus, téngase presente que para discernirlos, no es suficiente un solo carácter, sino muchos, hasta poder formar con ellos un juicio prudente.

El primer carácter del espíritu divino acerca de los conocimientos del entendimiento, es que no enseña ni puede enseñar sino lo verdadero; por esto si su enseñanza se opone á la divina Escritura ó á los sentimientos de la Iglesia, es falso.

El espíritu diabólico es de falsedad; y si algunas veces dice la verdad después la mezcla con máximas falsas, y excita en el alma sentimientos inconvenientes.

El espíritu divino no enseña cosas inútiles,

como sobre la duración de la vida, la muerte, la salud, el éxito de los negocios temporales. El espíritu diabólico no procede así. El espíritu divino alumbrá nuestras almas con una luz que nos enseña el camino del cielo. Algunas veces pone en tinieblas á las almas que le son muy queridas; pero entonces la obscuridad no pasa de la fantasía; y siempre les queda alguna luz que las dirige por el camino de la perfección.

El espíritu diabólico cubre el alma de tinieblas, ó bien le comunica una luz engañadora que si deleita los sentidos no pasa al entendimiento, ni nos hace aptos para penetrar las verdades divinas; y produce al fin inquietud y turbación.

El espíritu de Dios infunde docilidad en el entendimiento por la cual se rinde á todo lo que Dios ordena. El espíritu diabólico le hace protervo é inflexible en sus determinaciones. El espíritu divino nos hace discretos. El diabólico nos inclina al exceso; y cuando sugiere obras buenas, no atiende ni á la medida correspondiente, ni al tiempo, ni al lugar, ni á la calidad de las personas.

Cuando Dios inspira penitencias extraordinarias ó ayunos prolongados etc., da señales manifiestas de su voluntad y las fuerzas correspondientes. El espíritu divino infunde siempre pensamientos humildes. El diabólico hace todo lo contrario aun en las obras más santas.

Los caracteres del espíritu divino con relación á la voluntad, son los siguientes: la paz que Dios deja en nuestra voluntad; la humildad por

la que conocemos nuestra miseria y nos despreciamos sinceramente. Cuando nuestras obras van precedidas, acompañadas y seguidas de verdadera humildad, sin duda alguna vienen de Dios. Son también caracteres del espíritu divino la confianza en Dios, siempre acompañada de su santo temor. Una voluntad fácil para rendirse á las divinas disposiciones; la intención recta en nuestras obras; la paciencia en los males corporales, en la deshonra, en las persecuciones, calumnias y desprecios, en la pérdida de los bienes temporales, de los parientes y amigos, en las sequedades, desolaciones, tinieblas y tentaciones.

Son también señales del espíritu de Dios la mortificación voluntaria de las inclinaciones interiores, que es el fundamento y la raíz de la perfección cristiana; la sinceridad, veracidad y sencillez; la libertad de espíritu, que nos impide sujetarnos á las inclinaciones de la naturaleza, y nos desprende del apego á las criaturas y aun á los mismos consuelos espirituales, haciéndonos suspirar únicamente por Dios. Vienen también del buen espíritu el deseo de imitar á Jesucristo y la caridad según la describe el Apóstol, paciente, benigna, etc.

Los caracteres del espíritu diabólico con relación á la voluntad, son enteramente contrarios á los anteriores. El espíritu diabólico es inquieto y turbulento; y si alguna vez causa deleite sensible, al fin deja al alma inquieta y agitada. El espíritu diabólico infunde soberbia; y si llega á

inclinarse á la humildad, esta es humildad falsa que llena de inquietud y de amargura, de melancolía y de desconfianza en la bondad de Dios; al contrario de la humildad verdadera; que se aniquila el alma á la vista de su nada y de sus pecados, al mismo tiempo le inspira gran confianza en la bondad divina, no la perturba sino que la tranquiliza.

El espíritu diabólico infunde desconfianza ó vana seguridad. Procuren los Directores que sus penitentes teman á Dios y de esta manera eviten el pecado; mas si llegan á cometerlo, que nunca desconfíen de la divina misericordia. El espíritu diabólico endurece la voluntad, no deja que se rinda á la obediencia, é impide que se manifiesten los secretos de la conciencia al Director; pues al revelarlos quedaría descubierto el demonio.

El espíritu diabólico procura corromper la buena intención en nuestras obras; mas no por esto se han de omitir estas mismas; debe sí, rectificarse la intención, y sustituir con santos fines, como la gloria de Dios y la salvación de las almas, los miserables y bajos que había inspirado el demonio.

Son también señales del espíritu diabólico la impaciencia, el desconcierto de las pasiones; el doblez y la hipocresía; el apego á los bienes temporales y todo lo que quita la libertad del espíritu; la falta de amor á Jesucristo y el desprecio de su imitación; la falsa caridad y el falso celo, siempre iracundo, turbulento y murmurador.

Cuando hallare el Director en alguno de sus penitentes los caracteres del espíritu diabólico, procure convencerlo de que debe resistir todas sus inspiraciones con prontitud y fortaleza; que las desprecie y las rechace con actos contrarios y que acuda á Dios pidiéndole el auxilio de su gracia.

Algunas veces las inspiraciones que sentimos son verdaderamente dudosas; para aclararlas en cuanto sea posible, damos las reglas siguientes:

Debe tenerse por dudoso el espíritu que nos inclina á cambiar de estado después de haber elegido alguno; de ordinario debe atribuirse tal inconstancia ó á la naturaleza ó á ilusión diabólica. Espíritu que inclina á cosas singulares, desacostumbradas é impropias del estado de cada uno es sospechoso. Estas inclinaciones ordinariamente se han de reprobare; y en todo caso obsérvese si tienen estos dos caracteres: la obediencia y la humildad; si no los hubiere, el espíritu no se ha de aprobar. Por lo demás, cuando Dios es quien inspira cosas extraordinarias, da señales claras de su voluntad. Esto mismo decimos de las personas que anhelan á cosas también extraordinarias en el ejercicio de las virtudes, v. g. penitencias que sólo han practicado los grandes anacoretas; en esto observe el Director si á la penitencia corporal se une la del espíritu, si produce en él profunda humildad, y si oculta cuanto puede sus austeridades; ó si no producen bien alguno en el aumento de las virtudes; y por aquí podrá conocer qué es-

espíritu mueve á su penitente. Espíritu de consuelos espirituales es dudoso. Si Dios los manda no deben rechazarse y en este caso sirven al progreso en la virtud; mas cuando no producen bien alguno, serán efecto natural ó una ilusión diabólica; en este caso se han de rechazar, y el penitente deberá ocuparse en meditar las máximas de la fe y en la práctica de las virtudes.

Si estos consuelos espirituales se continúan sin interrumpirse son más sospechosos; porque el espíritu de Dios no obra siempre del mismo modo; pues unas veces se manifiesta y otras se esconde; si exceptuamos el estado de unión mística permanente y perfectísima

Las lágrimas que á veces derraman las personas piadosas, pueden venir de la naturaleza, del demonio ó de la gracia. Vienen de la naturaleza en las personas de temperamento suave y compasivo; vienen del demonio que mueve á ellas para que los pecadores tengan buena opinión de sí mismos ó procuren que otros la tengan. Vienen de la divina gracia cuando el Espíritu Santo inflama la voluntad en santos deseos ó afectos dirigidos á la práctica de las virtudes y al culto de Dios. Cuando halle esto el Director en sus penitentes, conocerá que sus lágrimas vienen de Dios. El espíritu de revelaciones, de frecuentes éxtasis y raptos perfectos; así como también las llagas que aparecen en las manos, en los pies y en el costado, ú otras señales prodigiosas; todo esto es sospechoso si no tiene lugar en personas muy adelantadas en la

perfección y que han pasado por las duras pruebas de las purificaciones.

Alguna vez obran en el alma el espíritu bueno y el malo y se reconocen los caracteres de ambos; en este caso procédase con detenimiento y mucha prudencia, y pida el Director á Dios que lo ilumine.

Notemos que el espíritu divino algunas veces nos mueve al bien en general, mas no nos descubre en particular lo que hemos de hacer. En estas circunstancias es indispensable encomendarse á Dios pidiéndole que descubra su santa voluntad; y recurrir á hombres doctos y experimentados para pedirles consejo. Otras veces inspira Dios el deseo de alguna cosa que no ha de tener ejecución; contentándose sólo con la buena voluntad. Así mandó á Abraham que le sacrificara á su hijo y después se lo impidió. También inspirando Dios alguna buena obra no quiere que se ejecute sino en parte. En todos estos casos proceda el Director con mucha prudencia.

El espíritu de Dios procede con las almas buenas, con paz y tranquilidad; allanando las dificultades y dando fuerza para vencerlas. Con las almas delincuentes y pertinaces procede infundiéndoles remordimientos, temor de la muerte, del juicio de Dios y del infierno; y llenándolas de amargura en sus deleites. Por lo contrario, el espíritu del demonio con las almas justas es turbulento y feroz; las llena de angustias y les presenta á Dios, implacable y á la per-

fección cristiana inaccesible; mas con los pecadores es todo condescendencia; calma sus remordimientos, les infunde una esperanza temeraria y una paz engañosa para que no se aparten de la culpa.

El espíritu de Dios con las almas buenas procede con dulzura, con fortaleza, acomodándose á la debilidad del espíritu ó la de la naturaleza; ó bien al esfuerzo y valor que en aquellas almas descubre.

Es propio de solo el espíritu de Dios entrar en el alma y mudarla toda en su amor, sin que en la fantasía, en el entendimiento ó en la voluntad haya precedido alguna operación que corresponda á tal mudanza. Esto suele suceder en algunos actos de contemplación pasiva; y en tales casos no puede dudarse que la obra viene de Dios; ni son sospechosos los efectos que se producen; pero después ella misma podrá mezclar sus propios conceptos y el demonio introducir sus engaños; por esto en semejantes casos debe procederse con mucha cautela en cuanto á las resoluciones que deben tomarse; y no ejecutarse sin mucha prudencia y consejo.

Dios á veces trata á sus almas con dulzura y consuelo y otras se les esconde y las deja en desconsuelo espiritual. En el primer caso adviértales el Director que no durarán siempre tales consuelos; que no se enamoren de ellos sino solamente de Dios; que se les conceden por su gran debilidad y miseria y que esto debe humillarlas; y que se aprovechen del tiempo del

consuelo para adelantar en las virtudes. En cuanto al segundo caso aconseje el Director que se humille la persona á quien Dios sustrae sus divinos consuelos, reconociéndose por indigna de ellos; que se conforme con el divino querer el cual será para su mayor bien; que persevere en sus devotos ejercicios, considerando que serán mayores sus progresos en la virtud caminando entre penas y amarguras, que entre consuelos y delicias.—En general amoneste el Director á sus penitentes que no hay medio más eficaz para conseguir la abundancia de la divina gracia, para conservarla ó recobrarla si se ha perdido, que perseverar delante de Dios con humildad, circunspección y temor.

Muy variadas son las astucias del enemigo para engañar á las almas: conoce nuestro temperamento, observa nuestras inclinaciones y la parte más débil de nuestro espíritu á fin de combatirnos con mayor esperanza de buen resultado. A veces después de atacarnos se retira y nos deja en paz, para que cuando menos lo pensemos, vuelva á combatirnos y nos haga caer. Otras veces deja el demonio que el alma obre con rectitud, y sólo la incita á alguna falta en particular, pues esto le bastaría. Si no puede vencerla con grandes tentaciones, le inspira una confianza funesta y la inclina á exponerse á las ocasiones. Asimismo las tienta no en cosas graves sino en las ligeras, inspirándoles que no hagan caso de cosas pequeñas.—También les inspira cosas de grande perfección; pe-

ro que no están de acuerdo con el estado que tienen; v. gr., amor al retiro y á la soledad, á los que se dedican al ministerio de las almas.

El Director ha de inculcar á sus penitentes en todos estos casos, que pidan á Dios luz para conocer las astucias del demonio y gracia para vencerlas; que se alejen de todas las ocasiones de pecado; que confien en Dios y tengan gran ánimo; que descubran al Director con toda claridad las tentaciones y peligros.

El demonio puede inclinarnos al mal ó manifestamente ú ocultándonos el mal bajo las apariencias del bien; y esto puede suceder en cuanto pensamos, hablamos ó hacemos; puede ocultar la ira ó la envidia bajo el manto del celo, y el amor carnal con la apariencia del amor espiritual. Este va desvirtuándose, volviéndose sensible, halagando de mil maneras, y con manifestaciones que, aunque no enteramente reprobadas, á poco van encadenando el corazón, y por último el amor carnal se descubre en toda su fealdad.

Otras veces trata el demonio de obscurecer el mérito de las virtudes para apartarnos de su práctica, v. gr., condena la penitencia, el ayuno y demás mortificaciones de la carne como nocivas á la salud; presenta la meditación como inútil, y en ella molesta nuestras almas con pensamientos importunos. Así también presenta el retiro, el silencio, la modestia y otras prácticas de virtud cristiana como incon-

venientes por la tristeza que producen, ó la hipocresía á que dan lugar.

El gran remedio contra estas ilusiones del demonio consiste en encomendarse á Dios y seguir en todo los consejos del Director.

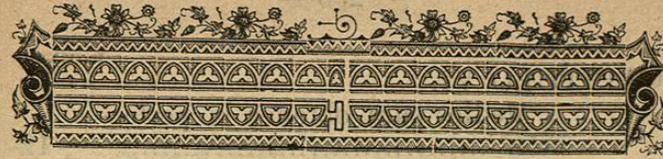
Antes de terminar este capítulo hablaremos del espíritu humano, en cuanto es un impulso que viene de nuestra naturaleza; si tal impulso es conforme á la recta razón es bueno; mas no lo será si viene de la naturaleza viciada por el pecado. Se distingue del espíritu de Dios y del demonio, en que el humano inclina á todo lo que es conforme y agradable al cuerpo, como las comodidades, los gustos, la reputación, etc. Tales movimientos imperfectos se llaman impulsos humanos, con otro nombre, amor propio. El Autor de la imitación habla de esos impulsos en los términos siguientes: La naturaleza es astuta y arrastra á muchos, los encadena y los engaña y siempre se tiene á sí misma por fin; no quiere espontáneamente ser mortificada ni apremiada, ni aventajada; no quiere sujetarse ni quedar subyugada. Trabaja por su comodidad, y piensa en el bien que pueda sacar de los otros; acepta con gusto el honor y las atenciones, teme la confusión y el desprecio. Ama la ociosidad y el descanso corporal; procura las cosas curiosas y bellas y desprecia las viles y humildes; se goza en las ganancias terrenas y se entristece en las pérdidas, se irrita con una leve palabra de injuria; es codicioso y ruin; ama lo propio, inclina á la carne y á las vani-

dades; busca los consuelos que deleitan los sentidos. Todo lo hace por lucro y propia comodidad, esperando alabanza, favor ó dinero; y desea que se elogien todas sus obras. Todo lo obra para sí misma y siempre trabaja por su propia causa (1).

El Director medite en todas estas máximas para conocer el espíritu humano, siempre unido con el amor propio, el cual jamás se vence sin una continua mortificación de la propia voluntad. El espíritu humano puede pedirnos ó cosas contrarias á la ley de Dios; ó poco conformes con esa misma ley; ó las que son necesarias á la conservación de la naturaleza; las primeras deben rechazarse con toda fortaleza; en las segundas, debemos mortificarnos según las leyes de la perfección; mas en las últimas como en la comida, el vestido, los desahogos convenientes para conservar la salud, etc., tenemos que condescender con la exigencia de la naturaleza. En tales casos debe rectificarse la intención; no tomando el manjar, el reposo, la recreación, etc., por satisfacer á la inclinación natural, sino por cumplir la voluntad de Dios y agradarle en todas nuestras obras, según enseña el Apóstol: Ya sea que comamos ó bebamos, ó ejecutemos cualquiera otra obra, hagámoslo todo á gloria de Dios Nuestro Señor.

L. D.

(1) Lib. 2. C. 19.



INDICE

DE LA

Teología Ascética.

| | PÁGINAS. |
|--|----------|
| INTRODUCCION..... | 1 |
| CAPITULO I. De la perfección esencial é instrumental del cristiano y de los medios para alcanzarla..... | 2 |
| CAPITULO II. De la perfección instrumental... | 3 |
| CAPITULO III. División de la vida cristiana.... | 4 |
| CAPITULO IV. Advertencias al Director espiritual..... | 6 |
| CAPITULO V. De los medios para alcanzar la perfección | 9 |